



ÁNGELES MASTRETTA



Arráncame la vida y otras mujeres





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán Álvarez

Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales

Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldivar

Voz Viva



Ilustración de portada: Johana Villanueva García

VV - 153

Primera edición: 4 de junio de 2024

DR © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-9158-9

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad

Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,

sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Mastretta, Ángeles, 1949- , autor. | Negrín, Edith.
Título: Arráncame la vida y otras mujeres / Ángeles Mastretta ; presentación Edith Negrín.
Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2024. | Serie: Voz viva de México ; VV-153.
Identificadores: MULTIMEDIA 21196 | ISBN 978-607-30-9158-9
Clasificación: LCC PQ7298.23.A77.A77 2024 | DDC 863—dc23



ÁNGELES MASTRETТА



Arráncame la vida y otras mujeres

Presentación
Edith Negrín



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2024



Fotografía de Barry Domínguez. Cultura UNAM.



Ángeles Mastretta

(Puebla, 1949). Escritora y narradora. Estudió Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y es doctora *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Puebla. Fue directora del Museo del Chopo y ha colaborado en publicaciones periódicas como *Excélsior*, *La Jornada*, *Nexos*, *Ovaciones*, *Proceso* y *Unomásuno*. Es autora de títulos como *Arráncame la vida* (Premio Mazatlán de Literatura), *Mujeres de ojos grandes*, *Mal de amores* (Premio Rómulo Gallegos), *El cielo de los leones*, *Ninguna eternidad como la mía*, *Maridos* y *La emoción de las cosas*, entre varios libros más de novela, cuento, memorias y poesía.



CONTENIDO

1. Presentación	
Edith Negrín (16:12)	9
2. Entre lo inverosímil y catedral (14:11)	21
Arráncame la vida	
3. Capítulo 1 (25:17)	32
Mujeres de ojos grandes	
4. La tía Daniela (11:57)	54
Mal de amores	
5. Capítulo 2 (fragmento) (15:46)	64
6. Capítulo 13 (fragmento) (11:30)	77



PRESENTACIÓN

Edith Negrín*

Nacida en Puebla en 1949, y de formación y práctica inicial en el periodismo, Ángeles Mastretta publica su primera novela, *Arráncame la vida*, en 1985. Además de recibir el Premio Mazatlán de Literatura, la obra tuvo una recepción muy entusiasta por parte de los lectores; de ahí que haya sido y siga siendo objeto de múltiples ediciones y traducciones a diversos idiomas. También fue bien recibida por algunos sectores de la academia y la crítica especializada, por aquellos no involucrados en los juegos de poder del campo cultural mexicano.

* Edith Negrín (Ciudad de México, 1947) es maestra en literatura mexicana y doctora en sociología por la UNAM; maestra en artes por la Universidad de Essex; académica en el Instituto de Investigaciones Filológicas en la UNAM, y miembro del Sistema Nacional de Investigadores hasta su retiro. Autora de trabajos en torno a la obra de autores como José Revueltas e Ignacio Manuel Altamirano; literatura sobre el petróleo en México, y la obra de escritoras como Luisa Josefina Hernández, Margit Frenk, Rosario Castellanos, Magdalena Mondragón, Silvia Molina y Diana Morán. Participa en el Taller de Crítica Literaria “Diana Morán”, especializado en el estudio de la literatura escrita por mujeres.



Arráncame la vida se abre con una afirmación de la protagonista, la casi adolescente, oriunda de un estrato medio poblano, llamada Catalina, una enunciación ulterior a los acontecimientos: “Ese año pasaron muchas cosas en este país. Entre otras, Andrés y yo nos casamos”. Y pocas páginas más adelante, reitera “Tenía quince años y muchas ganas de que me pasaran cosas”. “Cosas”, la ambigua palabra se va poblando de diversos significados a medida que avanza la trama. Así, por citar un ejemplo, cuando Catalina pide a una gitana que la enseñe a “sentir”, recibe esta respuesta: “Aquí tenemos una cosita –dijo, metiéndose la mano entre las piernas–. Con esa se siente”. Y más allá de la novela, la autora, ya en su madurez narrativa, publica en 2013 una reunión de relatos autobiográficos titulado *La emoción de las cosas*.

El recuento de las “cosas” constituye la anécdota de *Arráncame la vida*. Aclara de quién es la voz narrativa, en primera persona, y quién es el personaje Andrés. También a qué país y a qué año se refiere.

Andrés Ascencio es un político mexicano de la etapa de formación del sistema posrevolucionario, militar de extracción humilde que, movido por



una insaciable ambición de poder, va escalando cargos hasta llegar a ser gobernador de su estado, y comportarse de acuerdo con la tradición de los caciques en el interior de la República. Hombre autosuficiente, sin valores morales, no vacila en abjurar de convicciones, mentir, agredir, matar. Su carisma y cierto atractivo son factores de su éxito tanto con Catalina y otras mujeres, como en su “carrera”.

A partir del matrimonio se relata el crecimiento y la evolución de Catalina, en interacción con Andrés, en gran medida, y otros personajes. Y el desarrollo de ambos en relación con el del país.

Por la explícita situación de los episodios en fechas y lugares determinados, por la inclusión de personajes célebres en la historia nacional, algunos estudiosos clasifican la novela como histórica. Así, la anécdota, con la implicación de que Catalina nació en 1915, transcurriría entre el inicio de la década de los treinta del siglo XX, aún con vestigios del callismo, y la guerra cristera. Y la fecha de la muerte del cacique se ubica en la década de los cuarenta –poco antes del fallecimiento de Andrés, se menciona el entierro de “Doña Carmen Romero Rubio” (1944)–. También ha sido



apuntado que Andrés Ascencio está inspirado en el exgobernador poblano, Maximino Ávila Camacho.

No me parece que se trate de una novela histórica, sino de una narración donde los lugares y las fechas dan verosimilitud a las situaciones y contribuyen a caracterizar a los personajes. No tomar los detalles históricos al pie de la letra contribuye al valor arquetípico de los acontecimientos. Leemos cómo la decadencia del país, la ilegalidad, la violencia, la corrupción, permean el interior de las familias, especialmente de las familias cercanas al poder que vertebran la anécdota.

Uno de los encantos de la prosa es el lenguaje, esa oralidad inventada, mezcla de elementos reales y ficticios, que incluye dichos y refranes de la región. Por citar algunos: Catalina dice de una amiga en relación a los maridos: “Bibi me miró con cara de ‘con estas mulas hay qué arar’”. O bien, su hijo le cita las palabras paternas: “A ése búsqúenle un hoyo. Y eso quiere decir que lo tienen que matar”. O bien: “Te lo advertí. Después del retozo viene el mocoso”.



Tales citas expresan la profunda imbricación de la narrativa con las manifestaciones populares, lo que está claro desde el título, tomado de un bolero de Agustín Lara. “Arráncame la vida”, una petición, súplica, mandato, dirigido ¿a quién? ¿A Ascencio, a otro amante, al destino? No es el único bolero intercalado en la novela, se citan fragmentos de varios, siempre vinculados al momento que vive la protagonista. Incluso se presentan personajes nombrados como artistas populares: Toña La Negra, Agustín Lara, Pedro Vargas.

Sin duda, una parte importante de la novela, como de los boleros, es la visión melodramática. Pero la creación de Agustín Lara, como encabezado de la historia de una mujer que a ratos se conforma, otros sufre, y se rebela negándose a santificar la maternidad y la monogamia, en pos de su felicidad, sugiere un coqueteo con el melodrama, por parte de la autora, un acercarse y distanciarse cambiándole el signo.

En mi propia lectura de la novela, recién aparecida, me encantó el lenguaje y un humorismo que asume diferentes formas.



A lo largo de la narración Catalina se refiere a su marido por su nombre o por su grado militar: “En la noche, acostada junto a mi general, acaricié su panza”.

A veces la broma desmitifica la alta cultura. Por ejemplo, cuando la hermana escucha a Catalina masturbarse:

–¿Qué te pasa, Cati? ¿Por qué soplas? –preguntó Teresa despabilándose. Al día siguiente amaneció contándole a todo el mundo que yo la había despertado con unos ruidos raros, como si me ahogara. A mi madre le entró preocupación y hasta quiso llevarme al doctor. Así le había empezado la tuberculosis a la dama de las camelias.

Con frecuencia, Catalina ironiza sobre sí misma, por el puro placer lúdico: “Me quedé un rato en la puerta de Sanborn’s. Recargada contra la pared como una piruja, sintiéndome Andrea Palma en *La mujer del puerto*”.

Casi al final, ya con Andrés Ascencio debilitado, ella le escribe un posible discurso para sus paisanos:



Estaré siempre al servicio de todos ustedes, aquí y fuera de aquí, como funcionario y como simple ciudadano. Les pido que desechen rencillas, que eliminen dificultades, que sigan trabajando con entusiasmo como hombres que fueron a la Revolución con un programa social [...].

Catalina escribe esto justo cuando ha empezado a darle a su marido un té de hojas letales. La parodia del discurso político oficial, mostrando su vaciedad, que Ascencio emplea siempre, sugiere por parte de ella un humorismo mordaz.

Hay una serie de guiños juguetones para los lectores muy enterados de la realidad mexicana. Por ejemplo, el director de un diario de oposición en Puebla lleva el nombre de Juan Soriano, como el gran pintor. Y un campesino que, al defender sus tierras es ametrallado por el ejército en cumplimiento de órdenes del gobernador Ascencio, cerca del final, nos enteramos de que se llama Fidel Velázquez. Como una especie de justicia literaria, su viuda proporciona a Catalina las hojas del té que irán envenenando a Ascencio.



También hacia el final, Ascencio encuentra entre las pertenencias de su esposa un libro de poemas y la increpa: “¿Quién es Efraín Huerta?, ¿y cómo sabe que de un seno tuyo al otro solloza un poco de ternura?”

En esta ópera prima, cuyo capítulo inicial se encuentra en segundo lugar en la presente selección, la escritora construye las bases de un universo ficticio, atractivo y coherente, que se ha ido enriqueciendo con los textos publicados en las siguientes décadas. Textos que suman aproximadamente ocho novelas, dos libros de relatos, cinco colecciones de memorias y alguna incursión en la poesía. No es el momento de discutir si las memorias parecen ser relatos o ensayos, o las novelas parecen rememoraciones, o las heroínas se parecen a la autora... sólo damos por sentado que se ponen en cuestión los géneros tradicionales.

Las constantes fundamentales trazadas en la primera novela se observan en los relatos “La tía Daniela”, de la colección *Mujeres de ojos grandes* (1990), colocada en el tercer lugar en este libro; y en “Entre lo inverosímil y catedral”, publicado en la revista *Nexos*, en la que la escritora colabora con regularidad, en 2000. Es este relato el que inicia la serie aquí seleccionada.



Y por supuesto, la novela *Mal de amores* (1997), de la que se incluyen dos capítulos, establece un vínculo directo con la anterior. Con esta última, Ángeles Mastretta se convirtió en la primera mujer latinoamericana que recibió el reconocimiento Rómulo Gallegos.

En sus textos y entrevistas, la escritora menciona varios autores que le resultan fundamentales. De entre ellos hay uno que parece ser generador de su escritura, Stendhal, el escritor francés que en el siglo XIX nutrió sus narraciones con una riquísima indagación sobre las múltiples posibilidades del amor, y escribió, además, un ensayo ya clásico sobre el tema. Mastretta responde a una inquietud semejante.

Al asomarnos por cualquier ventana a los escritos de Ángeles Mastretta, lo más evidente es que estamos ante un mundo protagonizado por mujeres, por mujeres fuertes, lo que no implica que carezcan de flaquezas, titubeos, dudas, sufrimientos, ambigüedades o contradicciones. Mujeres que, con la misma vehemencia con que inquietan sobre su identidad, cuestionan los roles sociales que les han sido asignados: madre, esposa, amante. En esa impugnación reside la calidad subversiva de los personajes que



han señalado varios estudiosos. Mujeres intensas que resisten todo tipo de adversidades y, aun cuando fracasen, salen adelante. Y son también fuertes como personajes literarios porque su presencia, y sobre todo su lenguaje, fascinan al lector.

Hablamos de un universo femenino, pero –como la propia autora, que fue alguna vez parte de la revista *Fem*, reconoce– no un universo de personajes feministas en el sentido de una decisión consciente.

En mi opinión, se trata de un mundo femenino porque ellas, hembras, damas, señoras, señoritas, muchachas, doncellas, se han apoderado de la palabra. Las protagonistas y los demás personajes o bien hablan en primera persona, o son descritas por una narradora con sensibilidad de mujer. A través de su óptica se contempla el contexto histórico social.

Varios críticos coinciden en que el universo Mastretta ofrece diversas posibilidades de ser mujer en este país, en estos siglos. Las protagonistas de este mundo son siempre solidarias y se detienen a disfrutar detalles “pequeños”: la taza de té, una canción, las flores embellecidas a cierta hora por los rayos solares.



Cuando pienso en sensibilidad femenina, o como quiera que se le llame, me refiero a una expresión no regida estrictamente por la racionalidad. Por supuesto hay en la prosa de Mastretta racionalidad, ideas y juicios; pero a la vez recuerda la clásica observación pascaliana, citada y teorizada por Margo Glantz: el corazón tiene razones que la razón no conoce. El discurso femenino surge de la búsqueda y el cuestionamiento, puede resultar fragmentario, inconstante y variable. Proviene de las pasiones, de los sentimientos, del cuerpo, de la fantasía, de la clarividencia. Así afirmó la artista en 1987, en entrevista con Ron Teichman: “como escritora, lo que tengo es la voluntad de contar con la precisión del arrebato que me dé la imaginación”.

ENTRE LO INVEROSÍMIL Y CATEDRAL

Nexos, septiembre de 2020



Era hermana de mi abuela, tía de mi madre y una feria para mí. Hace unos días la recordé sin saber cómo, en mitad de la tarde, a propósito de las películas tristes. Era la hermana menor de mi abuela materna. Se llamaba Elena, tenía los ojos inquietos y pequeños, verdes o azules según la intensidad de las mañanas. No sabía estarse quieta. Andaba siempre moviendo de un lado para otro su cuerpo bajito, de grandes pechos blancos y ninguna cintura. Sonreía como una diosa complaciente y lloraba con la misma naturalidad con que otros respiran. Su piel era tan blanca que cualquiera habría podido creerla una escandinava nacida en México, para ventura de su índole friolenta. Por lo mismo las partes de su piel alcanzadas sin más por nuestro sol, eran de un rojo ardiente como la voz con que ella podía hablar del amor o sus pesares. Siempre supe que ella no le tenía miedo a la vida y tal vez por eso me alegraba caminar a su lado cuando era posible. Ninguna maravilla mejor encontrada que su persona yendo a toda prisa por el centro de la ciudad. Yo salía a



las compras con mi madre esperando al azar descubrir su pequeña estampa al torcer una esquina. Nos besaba rápido para no interrumpir la conversación que había iniciado apenas al vernos. Hablaba a una velocidad imposible sin encimar las palabras ni confundirse, acudiendo cada tres frases al Sagrado Corazón de Jesús y los milagros que esperaba de su radiante y divina prodigalidad. Ni sus penurias económicas, ni el lejano destino laboral de su esposo, podrían resolverse sino viniendo de él. Le había encomendado nada menos que la solución de sus problemas. Pero, tampoco era tanto, bastaba con que por fin saliera premiado en la lotería, el número que ella compraba todas las semanas, con los únicos pesos que podía ahorrar.

—¿Quieres venir al cine y a dormir en mi casa? —era la pregunta que yo esperaba entre las muchas que hacía y las tantas respuestas que por sí misma les encontraba—. Claro que quieres, ¿verdad? Están dando una película buenísima. Se llora desde el principio hasta el final.

Y claro que yo quería. Seguirle era ir tras la promesa de una feria íntima, en la que mis once años eran tomados en cuenta como si fueran



veintinueve, y mi talento para escuchar historias desafiado como si en novelista debiera convertirme al día siguiente. En su casa yo no era una entre cinco hijos, o entre veinte primos o entre doscientas condiscípulas. Yo era la otra de una pareja capaz de encaramarse a las nubes de cuanto imposible cruzaba por su rubia cabeza. Yo era la importante mitad de los mil sueños que ella tejía mientras preparaba la merienda o se iba poniendo el delgado camisón de encaje que la hacía pasar de ser una mujer vestida sin ningunas pretensiones, a ser la reina incandescente de su recámara. Medio cuerpo de fuera, toda el alma enardecida como la de una adolescente.

En la familia era tan querida como indescifrable, justo por la calidad intensa y compleja de sus emociones. Nadie a su alrededor parecía capaz de permitirse una gama tan ardua de sentimientos desconocidos. Nadie sino ella. Por eso la quise yo como quien quiere lo inaudito y la quisieron todos como quien cree en lo increíble.

En cuanto yo escuchaba su invitación, abandonaba la vera de mi madre y me ponía a su lado dispuesta a irme de viaje a la Tres Poniente, a una



casa de apartamentos cuya puerta de hierro negro entreverada de cristales cruzábamos sin aliento tras haber ido de la iglesia a la panadería, pasando por un cine en el que siempre dábamos con una película “de llorar”. Junto a ella vi más de cinco veces *An affair to remember*, *Ben Hur* y *Violetas imperiales*. Todas las de Sarita Montiel y la serie de tres sobre Elizabeth de Baviera, “Sissi” para nosotros y *Romy Schneider* para los entendidos. Cualquier película en la que pudiese llorar desde casi el principio hasta después del final. Cualquiera sobre grandes amores imposibles o certeras jugadas del destino inclemente. Cualquiera que le diese pretexto para soltar su llanto por la temprana muerte de sus padres, la pérdida de su casa en la colonia Roma, la despiadada juventud que no la condujo al matrimonio sino hasta los cuarenta años, la variable y aún intensa calidad de sus deseos, la nostalgia infinita por su marido que vivía en el norte y hasta la dicha diaria de haber crecido bien a su hijo Alejandro, un hermoso y delgado muchacho de ojos grandes que estudiaba el segundo año de contaduría.

Era siempre una emoción nueva hacer con ella el recorrido al cine. Una vez a su lado, me despedía de mi madre y de la realidad y la emprendíamos



por las calles del centro como por el patio de su casa. Usaba unos zapatos con agujerito en la punta y plataforma corrida que habían estado de moda tres años antes de que yo naciera, pero que hacían un perfecto juego con sus vestidos a media pierna y sus faldas amplias. Ir de su mano por la ciudad antigua era como meterse a una zarzuela, como viajar al pasado sin haberse movido de 1960 y las mismas diez calles alrededor de Catedral. Quién sabe cómo se las arreglaría para ser amiga de todos los tenderos, para coincidir con varias comadres y detenerse a comprar golosinas y pan dulce en unas cantidades seguramente emparentadas con mi actual vocación por el derroche, siempre que de comprar comida se trata.

Dinero tenía poco en su pequeña faltriquera negra, pero lo iba dejando todo en el camino. Cuando volvíamos a su casa con la leche y la bolsa de pan, el envoltorio con almendras y chocolate, los cigarros, una revista de cuentos y el billete de vigésimo para la lotería de esa noche, nadie hubiera podido sentirse más rico que nosotros.

En cuanto entrábamos a su casa por la puerta de la cocina, ponía a cocer unas salchichas con las que preparaba los más deliciosos hot dogs



que niño alguno haya probado. A mí me fascinaban desde la época en que ella había tenido una pequeña tienda llamada “El caracolito”, donde vendía comida y billetes de lotería, que yo nunca supe por qué ni cómo dejó de tener. Tras la merienda, que recuerdo como una celebración religiosa porque para ella guisar y comer eran como decir una plegaria, iba con sus pasos cortos y rápidos hasta la imagen del Sagrado Corazón que tenía en el corredor. Bajaba una veladora ya lánguida de la repisa sobre la que imperaba la figura del único Dios en que creían sus ojos, y la cambiaba por una nueva que encendía con los mismos cerillos con que más tarde iba encendiendo los cigarros que fumaba antes de irnos a la cama. Decía La Magnífica con una fe cuyo sonido aún me estremece y se ponía en manos de la Divina Providencia como quien se entrega a una pasión sin límites.

Luego nos metíamos en su cama y yo quedaba junto a ella, contagiada por su falta de orden y su gozo infantil, como dentro de una fiesta. La suya había sido una larguísima y ardua jornada. Trabajaba como mecanógrafa en el noveno piso de una oficina de gobierno que no tenía elevadores.



Y dada su perenne inquietud, su urgencia de conversación, aire libre y cigarros, no sólo copiaba cuartillas con una rapidez de vértigo sino que descendía y remontaba varias veces, durante las ocho horas de trabajo, los nueve pisos de aquellas oficinas.

–Estoy muerta –decía encendiendo el último cigarro de la noche, recargada la espalda en la cabecera.

–¿Cómo llegaron tus abuelos a Campeche? O ¿cuál era tu lugar preferido en los alrededores de Teziutlán? O ¿por qué vendiste el entero de la lotería? –le preguntaba yo para desatar con algo cualquier recuerdo suyo. Porque cualquiera venía ensartado con otros y cualquiera tenía una colección de anécdotas en torno a las cuales desvelarse. Entonces ella se iba por el mar Caribe en el barco que trajo a los Lanz a México, o me llevaba hasta la cumbre de un cerrito nublado, en la sierra de Puebla, que a ella le gustaba escalar mientras comía pepitas de calabaza recién doradas en el horno de su madre. Con frecuencia se echaba a llorar, como una liebre corre, tras la memoria del ingrato atardecer en que habiéndose ganado en una rifa de lotería el entero más caro de la historia, no fue capaz de



venderlo confiada en que la mano de la Divina Providencia estaba dándole desde ya el premio mayor.

—Nadie sabe nunca lo que pretende la Divina Providencia —decía—. Me dio el verbo, pero no el sustantivo. Confiando en su mano, guardé el billete completo a pesar de que tus tíos me pedían que lo vendiera y me quedara con los mil pesos de su precio. Pero creyendo yo que el Sagrado Corazón me había mandado el entero para mandarme luego el premio, lo guardé. Lo guardé para ganarme los millones con los que hubiéramos ido de viaje a Europa, y hubiéramos comprado la casita en la avenida de la Paz, y le hubiera yo puesto un negocito a tu tío Rafael para que pudiera venirse a vivir a Puebla y a dormir aquí en su cama junto a la pobre de tu tía Nena que esto te cuenta para contentarse y que, por andar imaginándose que eran más amplios los designios de la Providencia, se quedó un mes enferma del hígado. Porque un mes estuve grave, pero grave, mijita. Del coraje y de la pena que no se van sino con tiempo. Con tiempo y lágrimas —decía llorando luego sin alarde y sin ruido como quien sonrío—. ¿Quién entiende a la Divina Providencia? Nadie. Nadie.



Yo la acompañaba en su relato acariciando la mano en que ella no tenía cigarro. No era piedad, ni lástima, ni pesadumbre lo que daban sus lágrimas. Era una sensación de entereza, de invulnerable lucidez, de sabiduría sin alardes, la que ella toda contagiaba al ir viviendo así, tan a la intemperie y tan a buen resguardo. Luego de oírla me quedaba dormida en su regazo tibio y amplio, dueña de una paz que sólo podía venir de tan buen cobijo. Abría los ojos hasta la mañana siguiente cuando ella estiraba la mano para prender su lámpara y me anunciaba que desde hacía un buen rato la luz se había filtrado entre los oscuros de madera. Iba a ser hora de levantarse. A tientas buscaba el botón que encendía su lámpara y la cajetilla con cigarros. Cogía uno y se incorporaba a encenderlo, mientras el camisón se le torcía dejando buena parte de sus pechos al aire como una provocación.

—¿Quién entiende a la Divina Providencia? —preguntaba—. ¿Habrá quién la entienda?

Después le daba largas fumadas a su cigarro y saltaba de la cama con sus sesenta años anhelantes como debieron serlo sus diecinueve, esgrimiendo en su persona las dos mitades de humanidad en que según un personaje



de Oscar Wilde se dividía el mundo: “los que creen lo increíble y los que hacen lo inverosímil”.

—¿Un chocolate con panqué? —decía caminando descalza hacia la cocina.

Yo me quedaba otro momento en la cama y la oía detenerse en el corredor frente a la imagen, revisar la veladora y decir:

—Buenos días, Sagrado Corazón. ¿Hoy me vas a hacer el milagro? ¿O piensas seguir sin hacerme ningún caso? Como tú quieras. Siempre es como tú quieres. Qué remedio. Yo por eso me voy a trabajar ahorita mismo, porque con algo hay que pagar el llanto. El cine cuesta, Sagrado Corazón. Aunque tú no lo creas, el cine cuesta. Llorar bien cuesta. Todo cuesta, Sagrado Corazón. Me lo quieras creer o no. Todo cuesta. Hasta rezar el Credo cuesta, Sagrado Corazón. Buenos días.

ARRÁNCAME LA VIDA

Capítulo 1

Ese año pasaron muchas cosas en este país. Entre otras, Andrés y yo nos casamos.

Lo conocí en un café de los portales. En qué otra parte iba a ser si en Puebla todo pasaba en los portales: desde los noviazgos hasta los asesinatos, como si no hubiera otro lugar.

Entonces él tenía más de treinta años y yo menos de quince. Estaba con mis hermanas y sus novios cuando lo vimos acercarse. Dijo su nombre y se sentó a conversar entre nosotros. Me gustó. Tenía las manos grandes y unos labios que apretados daban miedo y, riéndose, confianza. Como si tuviera dos bocas. El pelo después de un rato de hablar se le alborotaba y le caía sobre la frente con la misma insistencia con que él lo empujaba hacia atrás en un hábito de toda la vida. No era lo que se dice un hombre guapo. Tenía los ojos chicos y la nariz demasiado grande, pero yo nunca había visto unos ojos tan vivos y no conocía a nadie con su expresión de certidumbre.

De repente me puso una mano en el hombro y preguntó:

–¿Verdad que son unos pendejos?

Miré alrededor sin saber qué decir:

–¿Quiénes? –pregunté.

–Usted diga que sí, que en la cara se le nota que está de acuerdo –pidió riéndose.

Dije que sí y volví a preguntar quiénes.

Entonces él, que tenía los ojos chiquitos, chiquitos, dijo cerrando uno:

–Los poblanos, chula. ¿Quiénes si no?

Claro que estaba yo de acuerdo. Para mí los poblanos eran esos que caminaban y vivían como si tuvieran la ciudad escriturada a su nombre desde hacía siglos. No nosotras, las hijas de un campesino que dejó de ordeñar vacas porque aprendió a hacer quesos; no él, Andrés Ascencio, convertido en general gracias a todas las casualidades y todas las astucias menos la de haber heredado un apellido con escudo.

Quiso acompañarnos hasta la casa y desde ese día empezó a visitarla con frecuencia, a dilapidar sus coqueterías conmigo y con toda la



familia, incluyendo a mis papás que estaban tan divertidos y halagados como yo.

Andrés les contaba historias en las que siempre resultaba triunfante. No hubo batalla que él no ganara, ni muerto que no matara por haber traicionado a la Revolución o al Jefe Máximo o a quien se ofreciera.

Se nos metió de golpe a todos. Hasta mis hermanas mayores, Teresa, que empezó calificándolo de viejo concupiscente, y Bárbara, que le tenía un miedo atroz, acabaron divirtiéndose con él casi tanto como Pía, la más chica. A mis hermanos los compró para siempre llevándolos a dar una vuelta en su coche.

A veces traía flores para mí y chicles americanos para ellos. Las flores nunca me emocionaron, pero me sentía importante arreglándolas mientras él fumaba un puro y conversaba con mi padre sobre la laboriosidad campesina o los principales jefes de la Revolución y los favores que cada uno le debía.

Después me sentaba a oírlos y a dar opiniones con toda la contundencia que me facilitaban la cercanía de mi padre y mi absoluta ignorancia.



Cuando se iba, yo lo acompañaba a la puerta y me dejaba besar un segundo, como si alguien nos espiera. Luego salía corriendo tras mis hermanos.

Nos empezaron a llegar rumores: Andrés Ascencio tenía muchas mujeres, una en Zacatlán y otra en Cholula, una en el barrio de La Luz y otras en México. Engañaba a las jovencitas, era un criminal, estaba loco, nos íbamos a arrepentir.

Nos arrepentimos, pero años después. Entonces mi papá hacía bromas sobre mis ojeras y yo me ponía a darle besos.

Me gustaba besar a mi papá y sentir que tenía ocho años, un agujero en el calcetín, zapatos rojos y un moño en cada trenza los domingos. Me gustaba pensar que era domingo y que aún era posible subirse en el burro que ese día no cargaba leche, caminar hasta el campo sembrado de alfalfa para quedar bien escondida y desde ahí gritar: “A que no me encuentras, papá”. Oír sus pasos cerca y su voz: “¿Dónde estará esta niña? ¿Dónde estará esta niña?”, hasta fingir que se tropezaba



conmigo, aquí está la niña, y tirarse cerca de mí, abrazarme las piernas y reírse:

–Ya no se puede ir la niña, la tiene atrapada un sapo que quiere que le dé un beso.

Y de veras me atrapó un sapo. Tenía quince años y muchas ganas de que me pasaran cosas. Por eso acepté cuando Andrés me propuso que fuera con él unos días a Tecolutla. Yo no conocía el mar, él me contó que se ponía negro en las noches y transparente al mediodía. Quise ir a verlo. Nada más dejé un recado diciendo: “Queridos papás, no se preocupen, fui a conocer el mar”.

En realidad, fui a pegarme la espantada de mi vida. Yo había visto caballos y toros irse sobre yeguas y vacas, pero el pito parado de un señor era otra cosa. Me dejé tocar sin meter las manos, sin abrir la boca, tiesa como muñeca de cartón, hasta que Andrés me preguntó de qué tenía miedo.

–De nada –dije.

–Entonces, ¿por qué me ves así?

–Es que no estoy muy segura de que eso me quepa –le contesté.



–Pero cómo no, muchacha, nomás póngase flojita –dijo y me dio una nalgada–. Ya ve cómo está tiesa. Así claro que no se puede. Pero aflójese. Nadie se la va a comer si usted no quiere.

Volvió a tocarme por todas partes como si se hubiera acabado la prisa. Me gustó.

–Ya ve cómo no muerdo –dijo hablándome de usted como si fuera yo una diosa–. Fíjese, ya está mojada –comentó con el mismo tono de voz que mi madre usaba para hablar complacida de sus guisos. Luego se metió, se movió, resopló y gritó como si yo no estuviera abajo otra vez tiesa, bien tiesa.

–No sientes, ¿por qué no sientes? –preguntó después.

–Sí siento, pero el final no lo entendí.

–Pues el final es lo que importa –dijo hablando con el cielo–. ¡Ay estas viejas! ¿Cuándo aprenderán?

Y se quedó dormido.

Yo me pasé toda la noche despierta, como encendida. Anduve caminando. Por las piernas me corría un líquido, lo toqué. No era mío, él me lo había echado. Al amanecer me fui a dormir con mis cavilaciones.



Cuando él me sintió entrar en la cama nomás estiró un brazo y me lo puso encima. Despertamos con los cuerpos trenzados.

—¿Por qué no me enseñas? —le dije.

—¿A qué?

—Pues a sentir.

—Eso no se enseña, se aprende —contestó.

Entonces me propuse aprender. Por lo pronto me dediqué a estar flojita, tanto que a veces parecía lela. Andrés hablaba y hablaba mientras caminábamos por la playa; yo columpiaba los brazos, abría la boca como si se me cayera la mandíbula, metía y sacaba la barriga, apretaba y aflojaba las nalgas.

¿De qué tanto hablaba el general? Ya no me acuerdo exactamente, pero siempre era de sus proyectos políticos, y hablaba conmigo como con las paredes, sin esperar que le contestara, sin pedir mi opinión, urgido sólo de audiencia. Por esas épocas andaba planeando cómo ganarle al general Pallares la gubernatura del estado de Puebla. No lo bajaba de pendejo, pero se ocupaba de él como si no lo fuera.



—No ha de ser tan pendejo donde te preocupa —le dije una tarde. Estábamos viendo la puesta del sol.

—Claro que es un pendejo. Y tú qué te metes, ¿quién te pidió tu opinión?

—Hace cuatro días que hablas de lo mismo, ya me dio tiempo de tener una opinión.

—Vaya con la señorita. No sabe ni cómo se hacen los niños y ya quiere dirigir generales. Me está gustando —dijo.

Cuando acabó la semana me devolvió a mi casa con la misma frescura con que me había sacado y desapareció como un mes. Mis padres me recibieron de regreso sin preguntas ni comentarios. No estaban muy seguros de su futuro y tenían seis hijos, así que se dedicaron a festejar que el mar fuera tan hermoso y el general tan amable que se molestó en llevarme a verlo.

—¿Por qué no vendrá don Andrés? —empezó a preguntar mi papá como a los quince días de ausencia.



–Anda en eso de ganarle al general Pallares –dije yo, que más que pensar en él me había quedado obsesionada con sentir.

Ya no iba a la escuela, casi ninguna mujer iba a la escuela después de la primaria, pero yo fui unos años más porque las monjas salesianas me dieron una beca en su colegio clandestino. Estaba prohibido que enseñaran, así que ni título ni nada tuve, pero la pasé bien. Todo se agradecía. Aprendí los nombres de las tribus de Israel, los nombres de los jefes y descendientes de cada tribu y los nombres de todas las ciudades y todos los hombres y mujeres que cruzaban por la Historia Sagrada. Aprendí que Benito Juárez era masón y había vuelto del otro mundo a jalarle la sotana a un cura para que ya no se molestara en decir misas por él, que estaba en el infierno desde hacía un rato.

Total, terminé la escuela con una mediana caligrafía, algunos conocimientos de gramática, poquísimos de aritmética, ninguno de historia y varios manteles de punto de cruz.

Cuando tuve que permanecer encerrada todo el día, mi madre puso su empeño en que fuera una excelente ama de casa, pero siempre me negué



a remendar calcetines y a sacarles la basurita a los frijoles. Me quedaba mucho tiempo para pensar y empecé a desesperarme.

Una tarde fui a ver a la gitana que vivía por el barrio de La Luz y tenía fama de experta en amores. Había una fila de gente esperando turno. Cuando por fin me tocó pasar, ella se sentó frente a mí y me preguntó qué quería saber. Le dije muy seria:

–Quiero sentir –se me quedó mirando, yo también la miré, era una mujer gorda y suelta; por el escote de la blusa le salía la mitad de unos pechos blancos, usaba pulseras de colores en los dos brazos y unas arracadas de oro que se columpiaban de sus oídos rozándole las mejillas.

–Nadie viene aquí a eso –me dijo–. No sea que después tu madre me quiera echar pleito.

–¿Usted tampoco siente? –pregunté.

Por toda respuesta empezó a desvestirse. En un segundo se desamarró la falda, se quitó la blusa y quedó desnuda, porque no usaba calzones ni fondos ni sostenes.



—Aquí tenemos una cosita —dijo metiéndose la mano entre las piernas—. Con ésa se siente. Se llama el timbre y ha de tener otros nombres. Cuando estés con alguien piensa que en ese lugar queda el centro de tu cuerpo, que de ahí vienen todas las cosas buenas, piensa que con eso piensas, oyes y miras; olvídate de que tienes cabeza y brazos, ponte toda ahí. Vas a ver si no sientes.

Luego se vistió en otro segundo y me empujó a la puerta.

—Ya vete. No te cobro porque yo sólo cobro por decir mentiras y lo que te dije es la verdad, por ésta —y besó la cruz que hacía con dos dedos.

Volví a casa segura de que sabía un secreto que era imposible compartir. Esperé hasta que se apagaron todas las luces y hasta que Teresa y Bárbara parecían dormidas sin regreso. Me puse la mano en el timbre y la moví. Todo lo importante estaba ahí, por ahí se miraba, por ahí se oía, por ahí se pensaba. Yo no tenía cabeza, ni brazos, ni pies ni ombligo. Las piernas se me pusieron tiesas como si quisieran desprenderse. Y sí, ahí estaba todo.

—¿Qué te pasa, Cati? ¿Por qué soplas? —preguntó Teresa despabilándose. Al día siguiente amaneció contándole a todo el mundo que yo la había



despertado con unos ruidos raros, como si me ahogara. A mi madre le entró preocupación y hasta quiso llevarme al doctor. Así le había empezado la tuberculosis a la dama de las camelias.

A veces todavía tengo nostalgia de una boda en la iglesia. Me hubiera gustado desfilas por un pasillo rojo del brazo de mi padre hasta el altar, con el órgano tocando la marcha nupcial y todos mirándome.

Siempre me río en las bodas. Sé que tanta faramalla acabará en el cansancio de todos los días durmiendo y amaneciendo con la misma barriga junto. Pero la música y el desfile señoreados por la novia todavía me dan más envidia que risa.

Yo no tuve una boda así. Me hubieran gustado mis hermanas de damas color de rosa, bobas y sentimentales, con los cuerpos forrados de organza y encaje. Mi papá de negro y mi madre de largo. Me hubiera gustado un vestido con las mangas amplias y el cuello alto, con la cola extendida por todos los escalones hasta el altar.



Eso no me hubiera cambiado la vida, pero podría jugar con el recuerdo como juegan otras. Podría evocarme caminando el pasillo de regreso, apoyada en Andrés y saludando desde la altura de mi nobleza recién adquirida, desde la alcurnia que todos otorgan a una novia cuando vuelve del altar.

Yo me hubiera casado en Catedral para que todo el pasillo fuera aún más largo. Pero no me casé. Andrés me convenció de que todo eso eran puras pendejadas y de que él no podía arruinar su carrera política. Había participado en la guerra anticristera de Jiménez, le debía lealtad al Jefe Máximo, ni de chiste se iba a casar por la iglesia. Por lo civil sí, la ley civil había que respetarla, aunque lo mejor, decía, hubiera sido un rito de casamiento militar.

Lo estaba diciendo y lo estaba inventando, porque nosotros nos casamos como soldados.

Un día pasó en la mañana.

—¿Están tus papás? —preguntó.

Sí estaban, era domingo. ¿Dónde podrían estar sino metidos en la casa como todos los domingos?



—Diles que vengo por ustedes para que nos vayamos a casar.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Yo y tú —dijo—. Pero hay que llevar a los demás.

—Ni siquiera me has preguntado si me quiero casar contigo —dije—.

¿Quién te crees?

—¿Cómo que quién me creo? Pues me creo yo, Andrés Ascencio. No proteste y súbbase al coche.

Entró en la casa, cruzó tres palabras con mi papá y salió con toda la familia detrás.

Mi mamá lloraba. Me dio gusto porque le imponía algo de rito a la situación. Las mamás siempre lloran cuando se casan sus hijas.

—¿Por qué lloras, mamá?

—Porque presiento, hija.

Mi mamá se la pasaba presintiendo.

Llegamos al registro civil. Ahí estaban esperando unos árabes amigos de Andrés, Rodolfo el compadre del alma, con Sofía su esposa, que me miró con desprecio. Pensé que le darían rabia mis piernas y mis ojos, porque



ella era de pierna flaca y ojo chico. Aunque su marido fuera subsecretario de guerra.

El juez era un chaparrito, calvo y solemne.

–Buenas, Cabañas –dijo Andrés.

–Buenos días, general, qué gusto nos da tenerlo por aquí. Ya está todo listo.

Sacó una libreta enorme y se puso detrás de un escritorio. Yo insistía en consolar a mi mamá cuando Andrés me jaló hasta colocarme junto a él, frente al juez. Recuerdo la cara del juez Cabañas, roja y chipotuda como la de un alcohólico; tenía los labios gruesos y hablaba como si tuviera un puño de cacahuates en la boca.

–Estamos aquí reunidos para celebrar el matrimonio del señor general Andrés Ascencio con la señorita Catalina Guzmán. En mi calidad de representante de la ley, de la única ley que debe cumplirse para fundar una familia, le pregunto: Catalina, ¿acepta por esposo al general Andrés Ascencio aquí presente?

–Bueno –dije.



–Tiene que decir *sí* –dijo el juez.

–Sí –dije.

–General Andrés Ascencio, ¿acepta usted por esposa a la señorita Catalina Guzmán?

–Sí –dijo Andrés–. La acepto, prometo las deferencias que el fuerte debe al débil y todas esas cosas, así que puedes ahorrarte la lectura. ¿Dónde te firmamos? Toma la pluma Catalina.

Yo no tenía firma, nunca había tenido que firmar, por eso nada más puse mi nombre con la letra de piquitos que me enseñaron las monjas: Catalina Guzmán.

–*De Ascencio*, póngale ahí, señora –dijo Andrés que leía tras mi espalda.

Después él hizo un garabato breve que con el tiempo me acostumbré a reconocer y hasta hubiera podido imitar.

–¿Tú pusiste *de Guzmán*? –pregunté.

–No, m'ija, porque así no es la cosa. Yo te protejo a ti, no tú a mí. Tú pasas a ser de mi familia, pasas a ser mía –dijo.

–¿Tuya?



—A ver los testigos —llamó Andrés, que ya le había quitado el mando a Cabañas—. Tú, Yúnez, firmale. Y tú, Rodolfo. ¿Para qué los traje entonces?

Cuando estaban firmando mis papás, le pregunté a Andrés dónde estaban los suyos. Hasta entonces se me ocurrió que él también debía tener padres.

—Nada más vive mi madre, pero está enferma —dijo con una voz que le oí esa mañana por primera vez y que pasaba por su garganta solamente cuando hablaba de ella—. Pero para eso vinieron Rodolfo y Sofía, mis compadres. Para que no faltara la familia.

—Si firma Rodolfo, también que firmen mis hermanos —dije yo.

—Estás loca, si son puros escuincles.

—Pero yo quiero que firmen. Si Rodolfo firma, yo quiero que ellos firmen. Ellos son los que juegan conmigo —dije.

—Que firmen, pues. Cabañas, que firmen también los niños —dijo Andrés.

Nunca se me olvidarán mis hermanos pasando a firmar. Hacía tan poco que habíamos llegado de Tonantzintla que no se les quitaba lo



ranchero todavía. Bárbara estaba segura de que yo había enloquecido y abría sus ojos asustados. Teresa no quiso jugar. Marcos y Daniel firmaron muy serios, con los pelos engomados por delante y despeinados por atrás. Ellos se peinaban como si les fueran a tomar una foto de frente, lo demás no importaba.

A Pía le habíamos puesto en la cabeza un moño casi de su tamaño. Los ojos le llegaban a la altura del escritorio y de ahí para arriba todo era un enorme listón rojo con puntos blancos.

—Después no digas que en tu familia no se pusieron sus moños —dijo Andrés pellizcándome la cintura, y para que lo oyera mi papá. Entonces no me di cuenta de que era para eso, hoy tengo la certidumbre de que lo dijo para mi papá. Con los años aprendí que Andrés no decía nada por decir. Y que le hubiera gustado tener que amenazar a mi padre. La tarde anterior había hablado con él. Le había dicho que se quería casar conmigo, que si no le parecía, tenía modo de convencerlo, por las buenas o por las malas.

—Por las buenas, general, será un honor —había dicho mi padre incapaz de oponerse.



Años después, cuando su hija Lilia se andaba queriendo casar, Andrés me dijo:

—¿Piensas que yo voy a ser con mis hijas como tu papá contigo? Ni madres. A mis hijas no se las lleva cualquier cabrón de la noche a la mañana. A mis hijas me las vienen a pedir con tiempo para que yo investigue al cretino que se las quiere coger. Yo no regalo a mis crías. El que las quiera que me ruegue y se ponga con lo que tenga. Si hay negocio lo hacemos; si no, se me va luego a la chingada. Y se me casan por la iglesia, que ya se jodió Jiménez en su pleito con los curas.

Pía no supo firmar y pintó una bolita con dos ojos. El juez le dio una palmada en el moño y respiró profundo para que no se le notara que iba perdiendo la paciencia. Por suerte, ahí terminó todo. Rodolfo y Chofi firmaron rápido, se morían de hambre el par de gordos.

Nos fuimos a desayunar a los portales. Andrés pidió café para todos, chocolate para todos, tamales para todos.

—Yo quiero jugo de naranja —dije.



—Usted se toma su café y su chocolate como todo el mundo. No meta el desorden —regañó Andrés.

—Pero es que yo no puedo desayunar sin jugo.

—Usted lo que necesita es una guerra. Orita mismo aprende a desayunar sin jugo. ¿De dónde saca que siempre va a tener jugo?

—Papá, dile que yo tomo jugo en las mañanas —pedí.

—Tráigale un jugo de naranja a la niña —dijo mi papá con tal tono de desafío que el mesero salió corriendo.

—Está bien. Tómate tu jugo, pareces gringa. ¿Qué campesino amanece con jugo en este país? Ni creas que vas a tener siempre todo lo que quieras. La vida con un militar no es fácil. De una vez velo sabiendo. Y usted, don Marcos, acuérdesese que ella ya no es una niña y que en esta mesa mando yo.

Hubo un silencio largo durante el cual sólo se oyó a Chofi morder una campechana recién dorada.

—¿Y qué? —dijo Andrés—. ¿Por qué tan callados si estamos de fiesta? Se casó su hermana, niños, ¿ni una porra le van a echar?



—¿Aquí? —dijo Teresa, que tenía un sentido del ridículo profundamente arraigado—. Usted está loco.

—¿Qué dijiste? —preguntó Andrés.

—¡Mucha suerte, muchas felicidades! —gritó Bárbara echándonos arroz en la cabeza—. Mucha suerte, Cati —decía y metía el arroz por mi pelo, y me lo sobaba en la cabeza acariciándome—. Mucha suerte —seguía diciendo mientras me abrazaba y me daba besos hasta que las dos empezamos a llorar.

MUJERES DE OJOS GRANDES



La tía Daniela

La tía Daniela se enamoró como se enamoran siempre las mujeres inteligentes: como una idiota. Lo había visto llegar una mañana, caminando con los hombros erguidos sobre un paso sereno y había pensado: “Este hombre se cree Dios”. Pero al rato de oírlo decir historias sobre mundos desconocidos y pasiones extrañas, se enamoró de él y de sus brazos como si desde niña no hablara latín, no supiera lógica, ni hubiera sorprendido a media ciudad copiando los juegos de Góngora y Sor Juana como quien responde a una canción en el recreo.

Era tan sabia que ningún hombre quería meterse con ella, por más que tuviera los ojos de miel y una boca brillante, por más que su cuerpo acariciara la imaginación despertando las ganas de mirarlo desnudo, por más que fuera tan hermosa como la virgen del Rosario. Daba temor quererla porque algo había en su inteligencia que sugería siempre un desprecio por el sexo opuesto y sus confusiones.



Pero aquel hombre que no sabía nada de ella y sus libros, se le acercó como a cualquiera. Entonces la tía Daniela lo dotó de una inteligencia deslumbrante, una virtud de ángel y un talento de artista. Su cabeza lo miró de tantos modos que en doce días creyó conocer a cien hombres.

Lo quiso convencida de que Dios puede andar entre mortales, entregada hasta las uñas a los deseos y las ocurrencias de un tipo que nunca llegó para quedarse y jamás entendió uno solo de todos los poemas que Daniela quiso leerle para explicar su amor.

Un día, así como había llegado, se fue sin despedir siquiera. Y no hubo entonces en la redonda inteligencia de la tía Daniela un solo atisbo de entender qué había pasado.

Hipnotizada por un dolor sin nombre ni destino se volvió la más tonta de las tontas. Perderlo fue una larga pena como el insomnio, una vejez de siglos, el infierno.

Por unos días de luz, por un indicio, por los ojos de hierro y súplica que le prestó una noche, la tía Daniela enterró las ganas de estar viva y fue perdiendo el brillo de la piel, la fuerza de las piernas, la intensidad de la frente y las entrañas.



Se quedó casi ciega en tres meses, una joroba le creció en la espalda, y algo le sucedió a su termostato que a pesar de andar hasta en el rayo del sol con abrigo y calcetines, tiritaba de frío como si viviera en el centro mismo del invierno. La sacaban al aire como a un canario. Cerca le ponían fruta y galletas para que picoteara, pero su madre se llevaba las cosas intactas mientras ella seguía muda a pesar de los esfuerzos que todo el mundo hacía por distraerla.

Al principio la invitaban a la calle para ver si mirando las palomas o viendo ir y venir a la gente, algo de ella volvía a dar muestras de apego a la vida. Trataron todo. Su madre se la llevó de viaje a España y la hizo entrar y salir de todos los tablados sevillanos sin obtener de ella más que una lágrima la noche que el cantador estuvo alegre. A la mañana siguiente le puso un telegrama a su marido diciendo: “Empieza a mejorar, ha llorado un segundo”. Se había vuelto un árbol seco, iba para donde la llevaran y en cuanto podía se dejaba caer en la cama como si hubiera trabajado veinticuatro horas recogiendo algodón. Por fin las fuerzas no le alcanzaron más que para echarse en una silla y decirle a su madre: “Te lo ruego, vámonos a casa”.



Cuando volvieron, la tía Daniela apenas podía caminar y desde entonces no quiso levantarse. Tampoco quería bañarse, ni peinarse, ni hacer pipí. Una mañana no pudo siquiera abrir los ojos.

—¡Está muerta! —oyó decir a su alrededor y no encontró las fuerzas para negarlo.

Alguien le sugirió a su madre que ese comportamiento era un chantaje, un modo de vengarse en los otros, una pose de niña consentida que, si de repente perdiera la tranquilidad de la casa y la comida segura, se las arreglaría para mejorar de un día para el otro. Su madre hizo el esfuerzo de abandonarla en el quicio de la puerta de la Catedral. La dejaron ahí una noche con la esperanza de verla regresar al día siguiente, hambrienta y furiosa, como había sido alguna vez. A la tercera noche la recogieron de la puerta de la Catedral con pulmonía y la llevaron al hospital entre lágrimas de toda la familia.

Ahí fue a visitarla su amiga Elidé, una joven de piel brillante que hablaba sin tregua y que decía saber las curas del mal de amores. Pidió que la dejaran hacerse cargo del alma y del estómago de aquella náufraga.



Era una criatura alegre y ávida. La oyeron opinar. Según ella el error en el tratamiento de su inteligente amiga estaba en los consejos de que olvidara. Olvidar era un asunto imposible. Lo que había que hacer era encauzarle los recuerdos, para que no la mataran, para que la obligaran a seguir viva.

Los padres oyeron hablar a la muchacha con la misma indiferencia que ya les provocaba cualquier intento de curar a su hija. Daban por hecho que no serviría de nada y sin embargo lo autorizaban como si no hubieran perdido la esperanza que ya habían perdido.

Las pusieron a dormir en el mismo cuarto. Siempre que alguien pasaba frente a la puerta oía la incansable voz de Elidé hablando del asunto con la misma obstinación con que un médico vigila a un moribundo. No se callaba. No le daba tregua. Un día y otro, una semana y otra.

—¿Cómo dices que eran sus manos? — preguntaba. Si la tía Daniela no le contestaba, Elidé volvía por otro lado.

—¿Tenía los ojos verdes? ¿Cafés? ¿Grandes?

—Chicos —le contestó la tía Daniela hablando por primera vez en treinta días.

—¿Chicos y turbios? —preguntó la tía Elidé.



—Chicos y fieros —contestó la tía Daniela y volvió a callarse otro mes.

—Seguro era Leo. Así son los de Leo —decía su amiga sacando un libro de horóscopos para leerle. Decía todos los horrores que pueden caer en un Leo—. De remate son mentirosos. Pero no tienes que dejarte, tú eres Tauro. Son fuertes las mujeres de Tauro.

—Mentiras sí que dijo —le contestó Daniela una tarde.

—¿Cuáles? No se te vaya a olvidar. Porque el mundo no es tan grande como para que no demos con él, y entonces le vas a recordar sus palabras. Una por una, las que oíste y las que te hizo decir.

—No quiero humillarme.

—El humillado va a ser él. Si no todo es tan fácil como sembrar palabras y largarse.

—Me iluminaron —defendió la tía Daniela.

—Se te nota iluminada —decía su amiga cuando llegaban a puntos así.

Al tercer mes de hablar y hablar la hizo comer como Dios manda. Ni siquiera se dio cuenta de cómo fue. La llevó a una caminata por el jardín. Cargaba una cesta con frutas, queso, pan y mantequilla. Extendió un



mantel sobre el pasto, sacó las cosas y siguió hablando mientras empezaba a comer sin ofrecerle.

–Le gustaban las uvas –dijo la enferma.

–Entiendo que lo extrañes.

–Sí –dijo la enferma acercándose un racimo de uvas–. Besaba regio. Y tenía suave la piel de los hombros y la cintura.

–¿Cómo tenía? Ya sabes –dijo la amiga como si supiera siempre lo que la torturaba.

–No te lo voy a decir –contestó riéndose por primera vez en meses. Luego comió queso, pan y mantequilla.

–¿Rico? –le preguntó Elidé.

–Sí –le contestó la enferma empezando a ser ella.

Una noche bajaron a cenar. La tía Daniela con un vestido nuevo y el pelo brillante y limpio, libre por fin de la trenza polvosa que no se había peinado en mucho tiempo.

Veinte días después ella y su amiga habían repasado los recuerdos de arriba para abajo hasta convertirlos en trivia. Todo lo que había tratado



de olvidar la tía Daniela forzándose a no pensarlo, se le volvió indigno de recuerdo después de repetirlo muchas veces. Castigó su buen juicio oyéndose contar una tras otra las ciento veinte mil tonterías que la habían hecho feliz y desgraciada.

–Ya no quiero ni vengarme –le dijo una mañana a Elidé–. Estoy aburridísima del tema.

–¿Cómo? No te pongas inteligente –dijo Elidé–. Éste ha sido todo el tiempo un asunto de razón menguada. ¿Lo vas a convertir en algo lúcido? No lo echas a perder. Nos falta lo mejor. Nos falta buscar al hombre en Europa y África, en Sudamérica y la India, nos falta encontrarlo y hacer un escándalo que justifique nuestros viajes. Nos falta conocer la galería Pitti, ver Florencia, enamorarnos en Venecia, echar una moneda en la fuente de Trevi. ¿Nos vamos a perseguir a ese hombre que te enamoró como a una imbécil y luego se fue?

Habían planeado viajar por el mundo en busca del culpable y eso de que la venganza ya no fuera trascendente en la cura de su amiga tenía devastada a Elidé. Iban a perderse la India y Marruecos, Bolivia y el Congo,



Viena y sobre todo Italia. Nunca pensó que podría convertirla en un ser racional después de haberla visto paralizada y casi loca hacía cuatro meses.

–Tenemos que ir a buscarlo. No te vuelvas inteligente antes de tiempo –le decía.

–Llegó ayer –le contestó la tía Daniela un mediodía.

–¿Cómo sabes?

–Lo vi. Tocó en el balcón como antes.

–¿Y qué sentiste?

–Nada.

–¿Y qué te dijo?

–Todo.

–¿Y qué le contestaste?

–Cerré.

–¿Y ahora? –preguntó la terapeuta.

–Ahora sí nos vamos a Italia; los ausentes siempre se equivocan.

Y se fueron a Italia por la voz del Dante: “Pioverà dentro a l’alta fantasia”.

MAL DE AMORES



Capítulo 2 (fragmento)

Guiado por la redondez absoluta del vientre que fue haciendo su mujer, Diego Sauri afirmó siempre que dentro guardaba los ambiciosos sueños de una niña. Josefa le pidió que no predijera lo que no podía saberse y él respondió que sabía todo desde el quinto mes y que ella perdía el tiempo tejiendo con estambre azul, porque la criatura sería niña y la llamarían Emilia para honrar a Rousseau y hacerla una mujer inteligente.

—¿Por qué tendría que ser tonta llamándose Deifilia? —preguntó Josefa acariciando el nombre de su bisabuela.

—Porque partiría del error de creerse hija de Dios y no hija nuestra. Y esta niña es hija nuestra.

—Hasta que saque la cabeza —argumentó Josefa, que había pasado buena parte de su preñez temiendo que se le escapara el prodigio.

Como buen hombre del Caribe, Diego Sauri estaba acostumbrado a no discutir con los milagros y reía siempre que su mujer expresaba sus



temores, dudando de su habilidad para no equivocarse a la hora de hacer los vericuetos de una oreja o igualar el color de los ojos. Porque ¿cómo podía saber lo que estaba haciendo, si su intervención era igual a la que podría tener un ánfora?

—Un ánfora chiflada —dijo Diego Sauri levantándose a darle un beso.

Tenía los hombros fuertes y los ojos claros iluminando la oscuridad de unas ojeras precoces, la altura mediana del padre que Josefa guardaba en su memoria, las palmas de sus manos marcando un acertijo, las yemas de los dedos hábiles y atinadas. Se movía aún como el nadador que había sido, acechaba los guiños de su mujer con el deseo entre los labios.

—No empieces —se preocupó Josefa—. Has estado entrando y saliendo por el camino de la criatura sin ningún respeto durante todo este tiempo. La podemos lastimar.

—No afirmes cosas de ignorante, Josefa. Pareces poblana —dijo él volviendo a besarla.

—Soy poblana. Que tú vengas de una tierra de salvajes no es mi culpa.



—¿Salvajes los mayas? —dijo Diego—. Por estas tierras no había pasado un pie humano cuando Tulum era un imperio de dioses terrenales.

—Los mayas desaparecieron hace siglos. Ahora todo eso es selva y ruinas —dijo ella jugando con la vanidad de su marido.

—Todo eso es un paraíso. Tú lo vas a ver —contestó Diego levantándola del sillón de bejuco en que tejía y empujándola hacia su cama mientras le desabrochaba el camisón.

Una hora más tarde Josefa abrió los ojos y aceptó:

—Tienes razón, es un paraíso.

—¿Verdad? —dijo su marido mientras le acariciaba la redonda y palpitante barriga. Luego, volvió como vuelven los hombres a la tierra y preguntó—: ¿Tendrás algo de comer?

Esperaba, recordando las palabras de su amigo el doctor Octavio Cuenca acerca de la relación exacta entre el momento en que una embarazada entra



en febril actividad y la cercanía de su parto, cuando sintió a Josefa volver de la cocina como un relámpago.

—Me está saliendo agua —dijo.

Diego saltó de la cama como si estuviera viéndola caerse, pero Josefa adquirió de golpe una calma propia de quien ha parido diez criaturas, y sin más tomó las riendas del asunto, negándose a que Diego llamara a un doctor en su ayuda.

—Tú me juraste que te harías cargo solo —recordó Josefa.

—¿Cuándo? —preguntó Diego.

—La noche del día en que nos casamos —le contestó Josefa para terminar la discusión y dedicarse de lleno al escándalo que recorría su cuerpo.

Por mucho tiempo había creído que aquel dolor sería como un lujo. Durante las horas que siguieron no lo dudó ni un minuto, pero hasta el último rincón de su cuerpo aprendió entonces que algunos lujos cuestan lo que valen y que la íntima orgía de parir es, más que un dolor, una batalla que por fortuna se olvida con la tregua.



Nueve horas después, Diego le puso entre los brazos el cuerpo lustroso y cálido de su criatura.

–Ya ves cómo adiviné –dijo él soltando unas lágrimas gordas que le corrieron por la cara hasta que se las chupó con la lengua antes de sonreír.

–Y está completa –contestó Josefa, revisándola como si en ella cupiera el firmamento.

–Eres más valiente que Ixchel –afirmó Diego extendiéndole un algodón con alcohol y solución de marihuana. Después le besó la punta de la nariz y se llevó a la niña todavía desnuda. Empezaba a salir el sol terco de los inviernos mexicanos. Eran las siete de la mañana del doce de febrero. Josefa cerró los ojos y se durmió con la paz de espíritu que había perdido nueve meses antes.

Cerca del mediodía despertó del primer sueño incompleto de su vida.

–Diego, ¿quién es Ixchel? –preguntó aún prendida a las imágenes de su quimera.

Radiante como una abuela precoz, su hermana Milagros se acercó a contestarle que Diego dormía y que Ixchel era la diosa maya de la luna,



las aguas y los curanderos, encargada por eso de proteger el parto y los embarazos.

–¿Ya la viste? –le preguntó Josefa.

–Como bordada por los ángeles –contestó Milagros con la contundencia que Josefa disfrutaba en su voz desde que eran niñas. Cuatro años mayor que ella, Milagros le regaló el aplomo que no tuvo su madre y la quiso por todos los hermanos que le faltaron a su familia. Era un poco más alta y bastante más terca, tenía como ella los pómulos prominentes y la melena oscura, podía sonreír como un ángel y engeuecer de furia como todos los diablos. Josefa estaba orgullosa de pertenecer a su estirpe. Por más que la gente las encontrara tan distintas que parecía difícil imaginarlas congeniando, había entre ellas un pacto remoto que las hacía comprenderse con los ojos. Milagros tenía también los ojos hundidos y curiosos, sólo que ella no estaba en paz sin las respuestas, le urgía saberlas todas, conocer hasta el último lugar del mundo, hendir sus dudas siempre que le apretaban la garganta cruzándose por ella. Era por eso que no se había casado con ninguno de los tantos que la desearon. No sabían las respuestas, para qué



destinarles el destino. Tenía su libertad como pasión primera y su arrojo como vicio mejor. Solía desbaratar un argumento con la luz ominosa de su mirada despreciándolo, y era lectora como pocas y erudita como ninguno. Le gustaba desafiar a los hombres con el acervo de sus conocimientos científicos y se divertía memorizando poemas y buscándose retos. Odiaba el bordado, pero era una bruja para diseñar sus vestidos o cambiar el ambiente de un cuarto con sólo mover algunos cuadros. Era drástica en sus juicios y exigente con los ajenos, disimulada en sus afectos, desprendida en sus pertenencias, cautivadora con sus historias. Tenía por su hermana Josefa una predilección que nunca intentó disimular y era capaz frente a ella de deponer cualquiera de sus armas. Por el sólo haberse enamorado de Josefa con mirarla, Milagros quería a Diego Sauri como a un hermano y hubiera dado por él la misma vida que daría por su hermana. Además, compartía con su cuñado creencias y fantasías políticas y lo ayudaba a sobrellevar las críticas y llamados a la cordura que de tanto en tanto hacía Josefa esgrimiendo para el caso su afilada y pertinente lengua. Al contrario de Josefa, cuyo espíritu conciliador la ayudaba a pasar sin apuro entre



los preceptos y prejuicios que regían el mundo en que vivían, Milagros se llenaba de furia cada vez que un juicio ajeno le parecía irrespetuoso y poco universal. Jamás pasaba de largo frente a la posibilidad de una batalla ideológica acerca de Dios, las religiones, la fe, el absoluto y otros riesgos.

Desde la cama, Josefa la vio caminar hasta la cuna en que dormía su hija.

–Según la hora y el día en que ha nacido, tu niña es Acuario con ascendente Virgo –dijo Milagros–. Un cruce de pasiones y dulzuras que le dará tanta dicha como penas.

–Yo sólo quiero que sea feliz –ambicionó Josefa.

–Lo será muchas veces –dijo Milagros–. Alumbrará su vida la luna en cuarto creciente que aún se veía en el cielo cuando nació. Rigen este mes la Osa Mayor, la Cabellera de Berenice, Procyon, Canopo, Sirio, Aldebarán, el Pez Austral de Eridano, el Triángulo Boreal, Andrómeda, Perseo, Algol y Casiopea.

–¿La luz de tantas estrellas le hará ser una mujer dueña de sí misma, con un cerebro sensato y un corazón devoto de la vida? –preguntó Josefa.



–Eso y más –dijo Milagros detenida bajo el tul de la cuna.

Josefa le pidió que repitiera para ella el conjuro que escuchaban desde siempre las mujeres de su familia cuando nacían.

Milagros aceptó rendirse a la tradición familiar para que nada le faltara al rito que la convertiría en madrina. Puso la mano sobre la cabeza de su sobrina y recitó:

–Niña que duermes bajo la mirada de Dios, te deseo que no lo pierdas jamás, que vayas por la vida con la paciencia como tu mejor aliada, que conozcas el placer de la generosidad y la paz de los que no esperan nada, que entiendas tus pesares y sepas acompañar los ajenos. Te deseo una mirada limpia, una boca prudente, una nariz comprensiva, unos oídos incapaces de recordar la intriga, unas lágrimas precisas y atemperadas. Te deseo la fe en una vida eterna, y el sosiego que tal fe concede.

–Amén –dijo Josefa desde su cama, poniéndose a llorar.

–¿Ahora puedo decir el mío? –preguntó Milagros.

Era más que una mujer hermosa que a veces se vestía como un dibujo de *Le Moniteur de la Mode* y usaba los sombreros más finos



que podía diseñar madame Berthe Manceu, porque también tenía en su guardarropa una colección de los mejores huipiles que se hubieran bordado jamás. Acostumbraba ponérselos en las ocasiones solemnes y era capaz de caminar por la calle con el cabello en trenzas sobre la cabeza y aquella ropa de india como una bandera de colores cayéndole por el cuerpo. Así estaba vestida esa mañana. Josefa la miró admirándola y le pidió que siguiera.

–Niña –dijo Milagros con la solemnidad de una sacerdotisa–, yo te deseo la locura, el valor, los anhelos, la impaciencia. Te deseo la fortuna de los amores y el delirio de la soledad. Te deseo el gusto por los cometas, por el agua y los hombres. Te deseo la inteligencia y el ingenio. Te deseo una mirada curiosa, una nariz con memoria, una boca que sonría y maldiga con precisión divina, unas piernas que no envejecan, un llanto que te devuelva la entereza. Te deseo el sentido del tiempo que tienen las estrellas, el temple de las hormigas, la duda de los templos. Te deseo la fe en los augurios, en la voz de los muertos, en la boca de los aventureros, en la paz de los hombres que olvidan su destino, en la fuerza de tus



recuerdos y en el futuro como la promesa donde cabe todo lo que aún no te sucede. Amén.

–Amén –repetió Josefa bendiciendo la fe y la imaginación de su hermana.

Cobijada por los deseos de su madrina, Emilia comió y durmió con una sensata placidez los primeros meses de su vida. A sus oídos no llegaban las historias de horror que su padre leía en los periódicos, pero lo escuchaba todas las mañanas contarle lo que sucedía en el mundo, opinar sobre las cosas que lo perturbaban o entristecían y describirle las sorpresas del día con la certidumbre absoluta de que la conmovían tanto como a él.

Josefa aseguraba que la niña era demasiado pequeña para interesarse en el surgimiento del partido laborista en Inglaterra, la anexión de Hawai a los Estados Unidos, la pérdida de cosechas y la mortandad de ganado por todo el país. Regañaba a su marido por entristecerla hablándole de la prohibición de las corridas de toros, del desastre de que se reeligieran los gobernadores o se gastaran cien mil pesos mensuales en obras para el



imposible desagüe del Valle de México. Diego respondía diciendo que ella hacía peor hablándole de la Inglaterra de Charlotte Brontë y leyéndole *Shirley* en voz alta.

–Eso lo hago para dormirla –dijo su madre.

–Los avatares de Julián Sorel o las penas de Ana de Ozores ¿qué le interesan? –preguntó Diego–. Yo por lo menos le cuento la realidad.

–Sí, pero toda la realidad. Hasta lo del impuesto al tabaco ha de saber la pobre niña. Cuando cerraron *El Demócrata*, le repetiste durante una semana los nombres de los redactores encarcelados.

–Sirvió que se lo contara –dijo Diego Sauri. Y luego dirigiéndose a la niña–: por fin se le grabó a tu madre una arbitrariedad del gobierno.

–Las sé todas. Pero no te fomento la ira porque no quiero que te encierren también a ti.

–¿A mí por qué? –preguntó Diego.

–¿Quieres que te lo diga?

–No. –El señor Sauri se pasó el dedo sobre el bigote rojizo que se había dejado crecer para celebrar la llegada de su hija.



Ambos sabían, aunque lo hablaban poco, que Josefa tenía razón. Hacía más de tres años que en la botica habían empezado a reunirse todos aquellos que por motivos justificados, viejos anhelos democráticos o pura vocación conspirativa, tenían algo en contra del gobierno. Primero los acercó el azar, luego el acuerdo, después la necesidad. Y para ese momento, un día sí y otro también, había en la botica algún parroquiano dispuesto a insultar al gobernador delante de cuanto cliente la pisaba. Así las cosas, Diego no tardaría en pasar de antirreeleccionista a temerario, y como andaba el mundo, pasar de temerario a loco y de loco a preso sería asunto de un rato.

–Vamos a mudar la tertulia política a la casa del doctor Cuenca –dijo Diego.

–Bendito sea Dios –contestó Josefa tranquilizada con la noticia.

–¿Cuál de todos? –preguntó el señor Sauri.

–Cualquiera que te haya inspirado esta vez –contestó su mujer.



Capítulo 13 (fragmento)

El agua de tila se parecía esa tarde al té de la India. Emilia le puso un poco de leche y lo sorbió. Un ángel cruzó la mesa y tras el silencio de su paso se oyeron golpes en la puerta de abajo. Diego diagnosticó que ésa no podría ser otra sino Milagros y siguió a su mujer que fue a comprobarlo espiando desde el balcón. Un desorden de cabezas se apretujaba contra el quicio de la puerta. Los Sauri no entendieron qué pasaba, pero temblaron imaginándolo. Emilia bajó corriendo y abrió la puerta sin pensarlo dos veces. Entraron por ella dos hombres heridos que aún podían tenerse en pie, un joven cargando a otro y su tía Milagros como la pastora de aquella desgracia.

Las tropas habían marchado sobre la manifestación cuando estaba a punto de terminar. Cada quien había huido hacia donde le había llevado el destino. Ellos llegaron hasta ahí con su olor a pólvora y su pánico a cuestras, guiados por Milagros y su certeza de que no había en el mundo un cobijo mejor que aquella familia.



Como si los hubiera presentado, sin la más mínima muestra de sorpresa, Emilia los condujo al cuarto lleno de libros que Diego Sauri tenía junto a su laboratorio en la planta baja de la casa. Se acercó al muchacho malherido mientras Milagros se ponía las manos en la cara, descompuesta por primera vez frente a su sobrina.

El muchacho se apretaba el vientre. Emilia le separó los brazos para hurgar entre su ropa. Segura de que se necesitaría morfina, se la pidió a su padre que en ese momento entraba en el estudio. Diego la oyó pedir sin aprobar su demanda, pero la contundencia adulta con que su hija volvió a urgirle que preparara la droga hizo al hombre dar vuelta y obedecerla sin más.

Emilia estaba apretando el puño del muchacho para contarle los latidos del corazón cuando él volvió con una jeringa, la droga y la seguridad de que su hija no sabría cómo ponerla. Pero ella, que había rasgado la orilla de su fondo para atarla en el brazo del muchacho, extendió su mano hacia él sin detenerse a verlo dudar. Encontró la vena que necesitaba y le inyectó la morfina como lo hubiera hecho una profesional. Luego se quedó un



rato hincada junto al desconocido, pasándole la mano por la frente y hablándole al oído.

Josefa entró con trapos y agua caliente, avisó que Milagros había salido en busca del doctor Cuenca, y obtuvo de su hija una respuesta lacónica que dudaba por completo de que algo pudiera hacerse por aquel muchacho.

Los jóvenes que entraron con él a cuestras no tenían la menor idea de quién sería. Dijeron sólo que lo habían visto correr junto a ellos y luego caerse. No sabían ni cómo alcanzaron a recogerlo. Habían oído sus gritos sobre los tiros que les perseguían el cuerpo y la voz de Milagros pidiéndoles ayuda. A ese muchacho lo habían recogido porque gritaba, pero en el suelo había otros y ahí los dejaron.

Diego quiso saber si hubo muertos, pero ellos le contestaron que no habían estado las cosas como para andar investigando el destino ajeno. Después volvieron al mutismo pálido que aún los dominaba.

Milagros entró con el doctor Cuenca. Los últimos años habían apresurado la pendiente de su vejez, pero sus manos aún eran diestras. Se empeñó en buscar la bala en el cuerpo del muchacho.



–Se va a morir igual –le susurró Emilia–. ¿Para qué lo torturas?

–Eso nunca se dice –contestó el doctor Cuenca–. Ayúdame.

Emilia obedeció. Sabía con cuánta obsesión Cuenca llevaba adelante la consigna médica de pelearse con la muerte hasta el último momento. Pero había visto el cuerpo agujereado del muchacho y no imaginaba cómo sería posible salvarlo.

Las hermanas Veytia coincidían en su incapacidad para lidiar con la sangre y dejaron trabajar al doctor Cuenca ayudado por Diego y Emilia. Hicieron lo posible por dar cura a las heridas leves de los otros muchachos y conversarles hasta medio sosegarlos.

Dos horas después, cuando estuvo claro que el doctor Cuenca había tenido razón, Emilia acarició los párpados del adolescente aún dormido y le besó la cara como a un bendito.

Ni una lágrima, ni un gesto de horror pudo atisbar Diego Sauri en su hija durante todo ese tiempo. A veces la vio parpadear de prisa como si con eso pudiera borrarse de los ojos el destripadero que tenían bajo ellos. Otras, morderse los labios hasta lastimarse. Pero nunca tembló, ni



mostró miedo. Parecía una vieja acostumbrada a la pena y sus infamias. Sólo sus ojeras se habían acentuado hasta ser dos manchas intensas bajo los ojos.

El herido tendría que permanecer bajo su techo porque moverlo era imposible. Emilia lo sabía y sabía también que en su condición de enfermera dependía del padre de Daniel. Así que le preguntó si podía salir un momento y, cuando obtuvo su aprobación, se fue corriendo del estudio como si la persiguiera un mal espíritu.

Subió las escaleras a brincos, cruzó la estancia sin decirles una palabra a las hermanas Veytia y entró al baño sin detenerse a cerrar la puerta. Un líquido amargo le subía del estómago y ya no podía guardárselo más. Durante un rato largo, que a su madre le pareció eterno, la oyeron vomitar entre maldiciones estridentes y jaculatorias tergiversadas.

El doctor Cuenca había subido tras ella. Impávido y noble como el buen vino. No le gustaba notarse de más ni hacerse el héroe, pero esa tarde había



ganado otra batalla y el éxito le permitía concederse un derroche verbal y un júbilo casi escandalosos en él.

—¿La niña está vomitando? —preguntó con una sonrisa deteniéndose en el umbral de la puerta.

Josefa Veytia le contestó moviendo la cabeza hacia abajo y con dos lágrimas alargándose por su cara sin que pudiera remediarlo. El doctor Cuenca se acercó y se puso a encender un largo tabaco liado en La Habana.

—Hay que vomitar mucho para convertirse en médico —dijo—, pero la niña tiene talento y pasión. Con darle bien de comer, está arreglada.

Después le pidió a Josefa una de las infusiones con las que ella lo curaba casi todo.

Diego Sauri aprovechó para buscarse un brandy y darle otro a su exhausta cuñada que volvía de investigar cómo iban las cosas para Emilia en el baño.

—Ahora, de remate, quiere ser médico —dijo Milagros tomando su copa.

Lo que siguió fue un desorden de increpaciones y preguntas. Sin inmutarse, el doctor Cuenca explicó que Emilia había cambiado las clases



de chelo por las de medicina. Se habían prometido guardar el secreto por el gusto de saberse libres de observación y expectativas, pero Emilia había resultado una buena estudiante. Sumando lo que conocía de fármacos con lo que había aprendido de Cuenca, sabía para entonces por lo menos la tercera parte de lo que podrían enseñarle en la Escuela de Medicina.

—Me siento como un cornudo —dijo Diego, quejándose del secreto—. Se le va a hacer a usted el sueño de tener una hija doctora.

—Ojalá y fuera mi hija. Yo no tuve sangre para dar mujeres —dijo Cuenca cerrando la conversación en torno a Emilia para volver a su continua aflicción de los últimos tiempos: la guerra como un augurio y la prudencia como el último deber de un viejo cuya vida cruzó por el siglo más aguerrido y doloroso de la vida mexicana.

Temía lo irreversible, pero se empeñaba en moderar la precipitación de quienes aseguraban que un levantamiento en Puebla haría levantarse tras él a todo el país. No confiaba en quienes creían que sería fácil tomar cuarteles, asaltar tiendas, empujar huelgas, dejarse comer por la prisa y los excesos antes que por la medida y las ideas. Ambicionaba la política, el quehacer político



como el más generoso de los quehaceres, la paciencia y la razón por encima de la ira. Como Diego, desconfiaba de los hombres puros, de quienes estaban dispuestos a morir y matar con tal de romper de una vez con el hábito de la paz que a él le resultaba tan preciado. No creía como otros que en México todo había sido igual los últimos treinta años. Creía que el sueño había sido traicionado, porque la vida siempre traiciona los sueños. La república con que había soñado su generación debió ser democrática, igualitaria, racional, productiva, abierta a las novedades y al progreso. Pero él había envejecido viéndola convertirse en el reino de los grandes ricos, seguir siendo territorio de la desproporción y el autoritarismo. Era como cuando él nació, como cuando su abuelo luchó para librarla de la colonia española, una sociedad regida por el más necio catolicismo, guiada por fueros, privilegios y caciques.

Sin embargo, muchas cosas habían cambiado. El mundo era un mundo distinto al de treinta años antes. Muchas cosas no habían cambiado y muchas otras cambiaban tanto que no daba tiempo de contarlas. Había por todas partes miseria y estancamiento y entretejiendo esa desgracia, había riqueza y cambios. De remate, los viejos se empeñaban en gobernar



un país que era ya el país de jóvenes para los que no había más mundo ni más pasión que el futuro.

Conversaron largo durante aquella noche de zozobras. Josefa le había puesto triple llave al portón asegurándose de que si alguien entre los seres por quienes ella respiraba quería rehacer el mundo durante las siguientes horas, lo haría desde su casa y con las pacíficas armas de la imaginación y las palabras.

El doctor Cuenca intentó irse como a las once de la noche, pero como la señora Sauri se negó a quitar la llave hasta que la luz del día siguiente hubiera corrido franca por las calles de la ciudad, él devolvió su sombrero a la percha de la estancia y aceptó un primer brandy.

No había razón para llevarse las penas a otra parte. Quienes ahí padecían el mundo eran todo su mundo además de sus hijos, y sus hijos hacía tiempo que andaban recorriendo el mundo en busca de la política y la libertad que no encontraron cerca de su casa.



Revisión, registro y catalogación: **Sonia Ramírez Saldivar** y **Mariel Medina Lugo**

Grabación: **Francisco Ramírez Chamorro** y **Miguel Ángel Ferrini**

Realizada el 9 de junio y el 18 de agosto de 2023 en Radio UNAM

Edición de audio: **Gabriela Jiménez Garduño** y **Sonia Ramírez Saldivar**

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Ilustración de la portada: Johana Villanueva García, ganadora de la 4ª convocatoria para ilustrar portadas de la colección de Voz Viva, publicada en diciembre de 2023.



Arráncame la vida y otras mujeres, de la serie Voz Viva de México (VV - 153) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 10 de junio de 2024, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19). El tiro fue de 1 000 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.